

EL TERROR NUCLEAR

gros es el irresponsable comercio internacional de plantas de combustible nuclear, básico para la fabricación de bombas. Cuando Francia decidió vender una planta nuclear a Sudáfrica, se armó la marimorena en la Asamblea Nacional. El ministro de Asuntos Extranjeros, Jean Sauvagnargues, dijo que aquella transacción no podría en modo alguno desembocar en la producción de plutonio con fines militares. ¿Cómo podía estar tan seguro? Tanta seguridad indignó al diputado comunista Louis Odrú, quien afirmó que la decisión francesa era intolerable y que la colaboración con el régimen blanco racista de Pretoria facilitaría la invasión de Angola... En definitiva, ¿quién puede estar seguro de las reacciones de un país como Sudáfrica, provisto de la posibilidad de fabricar armamento nuclear? Pero la mentalidad del negociante no suele turbarse por lo que el comprador pudiera hacer con el producto vendido una vez cerrado el trato.

El creciente almacenamiento de plutonio a escala mundial es el seguro de los peligros. El plutonio es fácil de obtener y con él pueden construirse bombas atómicas. Existe la posibilidad de que un país agresivo desesperadamente cercano o de que un Gobierno nacional

dirigido por un líder trastornado busquen una salida a sus problemas usando el arma más poderosa jamás inventada por el hombre. Países que pueden encontrarse algún día en circunstancias parecidas son, por ejemplo, Israel, Sudáfrica, Taiwan...

El fantasma del terrorismo

Con respecto al incremento de las reservas de plutonio, su planificación en gran escala está en marcha. Si el desarrollo nuclear sigue los planes iniciales, en el año 2020 se producirán 200 millones de kilogramos de plutonio, sustancia que podría ser usada, aparte de sus cualidades energéticas, para la fabricación incontrolada de armamento nuclear. Pero hay todavía una posibilidad más inquietante si cabe: el terrorismo, cuya amenaza, a la larga, puede ser peor que la de esa tercera guerra mundial a cuya eventualidad, en cierto modo, estamos acostumbrados y a la que quizá no tememos demasiado por aquello del equilibrio mundial de fuerzas y el presunto buen sentido que prevalecerá en los gobernantes antes de llegar a un holocausto nuclear. Pero el terrorismo se escapa a todas las previsiones. El sistema dispone de todos los medios para

combatirlo, pero no está probado, ni mucho menos, que las sociedades actuales, con sus graves contradicciones a cuestas, puedan erradicar el terrorismo de un modo definitivo. Y a la par que el combustible nuclear se incrementa y es mayor su facilidad de obtención, cabe pensar que el terrorismo, su número, su imprevisibilidad, sus consecuencias, también aumentarán en los próximos decenios. ¿Qué pasaría si el terrorismo accediera de algún modo al poder atómico?

En la sede de la Comisión Reguladora Nuclear, en Washington, existen unos "dossiers" que contienen acontecimientos ficticios. Son el resultado de estudios llevados a cabo sobre las posibilidades de que el terrorismo tuviera acceso al poder nuclear. He aquí algunas de esas posibilidades aterradoras:

A) Durante la noche, una docena de hombres consiguen penetrar en una planta de energía nuclear. Matan a los guardias y toman como rehenes al personal técnico. Colocan cargas explosivas cerca de los críticos sistemas de refrigeración de la planta. Luego telefonan al alcalde de la ciudad cercana más populosa. Piden varios millones o volarán la planta, enviando una nube de partículas radiactivas a las cercanías de la ciudad...

B) Un camión que transporta plutonio es secuestrado en una re-

gión remota y los secuestradores desaparecen con la carga. Semanas más tarde estalla una bomba atómica en el desierto y el mismo día los líderes políticos de la nación reciben una nota: atiendan a las exigencias que sean o la próxima bomba estallará en el mismo centro de Los Angeles.

C) En la ventana de un cuarto de hotel, en la costa del Pacífico, alguien observa una taza de la que surge un líquido hirviente. La Policía investiga, pero ya es demasiado tarde. El ácido hirviente de la taza ha disuelto y dispersado media libra de plutonio, suficiente para exponer a todo bicho viviente en algunos kilómetros a la redonda a un alto riesgo de contraer cáncer pulmonar.

Dicen que las posibilidades de que un día pueda suceder algo así son mínimas. De todos modos, esos "dossiers" de la Comisión Reguladora Nuclear no son guiones de esos desquiciados telefilms americanos. Puede realmente suceder algo así.

El futuro, en juego

Riesgos de todo tipo: accidentes, utilización de la energía atómica con fines bélicos, la amenaza del terrorismo. Y otros de tipo técnico: la incertidumbre de la incidencia real del almacenamiento de los residuos nucleares, para el que todavía no se ha encontrado una solución plenamente satisfactoria... Motivos más que suficientes para esperar con prevención el futuro. Se nos pone entre la espada y la pared: o el átomo o toda esta frenética civilización que nos han montado no podrá sostenerse sobre su complicadísimo andamiaje. Parece que no hay opción. Cuando surgen científicos humanistas que abogan por el uso de otros tipos de energía, la solar, la geotérmica, la del viento, se acallan sus voces tachándolas de irrealistas. ¡No nos podemos parar! He ahí el problema. Marcuse escribió más o menos que si la civilización actual detuviera su avance y se pusiera a hacer un uso verdaderamente correcto de todo lo conseguido hasta ahora durante un siglo, la Tierra vería desaparecer de su superficie la mayoría de los problemas que nos asfixian. Un siglo para solventar los problemas del desequilibrio planetario, el exceso de población, el hambre, las irregularidades del clima, las enfermedades... Pero ya se sabe que Marcuse es un utopista encandilador de universitarios destinados a ser engullidos por el sistema, ese aparato lanzado a una ciega carrera que no se va a detener, que saltará antes por los aires, acabando con todo lo viviente, prefiriendo desintegrarse antes que detenerse y reposar y preguntarse: ¿No podríamos hacer las cosas de otro modo? ■ J. F. F.

La sentencia antinuclear de Wyhl

Dos años después de haber presentado treinta asociaciones del medio ambiente de Baden-Württemberg (República Federal Alemana) un recurso contra la central nuclear de Wyhl, el Tribunal administrativo de Freiburg ha fallado prohibiendo su construcción y haciendo pagar al Gobierno del "lander" las costas del proceso.

RIESGO INACEPTABLE DE EXPLOSION.—Por primera vez, un Tribunal declara gravemente peligrosa una central nuclear convencional basándose en que el riesgo de explosión atómica en el reactor es inaceptable. Los fundamentos de esta decisión, hecha pública el 14 de marzo, afectan principalmente a la inseguridad ante la eventualidad —en ningún modo "despreciable", según el Tribunal— de un accidente que podría trascender al exterior y producir numerosas muertes en un primer radio de quince kilómetros alrededor, además de multiplicar los casos de cáncer, hacer inhabitable la región durante años y ocasionar miles de millones en pérdidas. Prácticamente no han sido tenidos en cuenta, en la sentencia, los efectos medioambientales de la radiactividad, las mutaciones climatológicas, los depósitos de residuos radiactivos, etcétera, que son, habitualmente, los principales elementos de combate de los ecologistas.

El procedimiento empleado por el Tribunal de Freiburg para recoger in-

formación y emitir el veredicto ha sido el de audiencia oral pública y abierta durante semanas, oyendo a expertos de ambas partes. De ahí que los ecologistas guardaran pocas esperanzas del proceso.

ALGUNAS CONSECUENCIAS INMEDIATAS.—La polémica que seguirá estos hechos va a conmover aún más a la opinión pública alemana. Frente a los recursos que las partes perjudicadas han iniciado contra la sentencia, las presiones en la calle van a marcar la pauta a seguir.

La sentencia de Wyhl ha afectado a una cuestión de fondo, por primera vez, y ha sido negativa. Su publicación ha tenido lugar en un momento en que la polémica nuclear ha alcanzado su punto álgido en la República Federal y se extiende con virulencia por numerosas localidades. Desde el "asalto" de Brokdorf por parte de manifestantes antinucleares, burlando los muros de protección, fosos y alambradas, la ocupación de sitios se ha extendido a varios puntos en Baviera (carretera nacional de Grafenrhrinfeld) y Baja Sajonia (carretera nacional de Grohnde), y los Tribunales ya han fallado alguna vez frenando las iniciativas gubernamentales.

Wyhl era un símbolo. Fue en febrero de 1975 cuando empezaron los problemas y las ocupaciones de los terrenos adquiridos por la compañía Bandenwerk. Eran las primeras reacciones organizadas de la opinión pú-

blica alemana que, en el caso del "lander" de Baden-Württemberg, estaban motivadas por la lucha antinuclear de los vecinos franceses del otro lado del Rin. En pocas semanas, la acometida alcanzó el proyecto nuclear de Kaiseraugst, en el tramo suizo del Rin, y se generalizaron los encuentros y actos ecologistas sobre los dos emplazamientos, con participación de gente venida de todos los países de Europa central.

Como primera consecuencia, fuera del territorio alemán, es inminente que arrieten los ataques contra la central francesa de Fessenheim (que ha iniciado su funcionamiento hace pocos días), a unos kilómetros de Wyhl y a la que se acusa de ofrecer menos seguridades aún que la bloqueada por el Tribunal alemán. Con el precedente de la sentencia de Freiburg, nadie duda que franceses y alemanes lograrán "limpiar" de centrales nucleares las orillas internacionales del Rin, sobre las que pesan al menos una decena de proyectos de este tipo.

En todos los países con planes de desarrollo nuclear y conflictos en ebullición, el reciente acontecimiento jurídico modificará sustancialmente las relaciones de fuerzas autoridades-opinión pública. En el caso de España, donde hay iniciativas jurídicas del tipo de la de Wyhl, habrán de sentirse forzosamente las consecuencias de este nuevo freno a la expansión de instalaciones nucleares. ■ P. C. M.